

pasaba con la celeridad del relámpago deslumbrador, sobrevénia una noche tristísima, en la cual sólo se palpaban tinieblas. A un día creador sucedían devastadoras edades. Grande servicio traer los instantes sublimes de la revolución renovadora; mayor aún evitar los instantes subsiguientes de la ciega reacción. Las democracias audaces de otros tiempos tenían más virtud revolucionaria que las democracias de hoy; pero, en cambio, no acertaban con el arte de evitar el mayor de los males, el advenimiento de las reacciones.

Y jamás nos cansaremos de loar el método sajón, que consiste en medir gradualmente las reformas, y madurarlas á fin de que, una vez hechas, se arraiguen, y una vez arraigadas, no se hielen jamás al frío de la reacción, cual se han helado mil veces nuestras prematuras instituciones. Ya no estamos en la juventud; ya no hierve la sangre en las venas ni brilla la fantasía en la mente; ya no sentimos la impaciencia del combate ni luchamos como quien mira delante de sí una vida eterna y un horizonte infinito; ya no tenemos ni tantos lumineros de ideas nuevas en la inteligencia, ni tantas pasiones de oposición radical en el pecho; pero con nuestras facultades reflexivas, con nuestra voluntad madura, con la experiencia adquirida, con el amor á lo substancial del pensamiento que nos ha animado siempre, con la medida de la resistencia que vencer y los cálculos del impulso que dar, llegaremos, sí, llegaremos menos cansados que en otros días, y mucho más seguros, al establecimiento de una democracia progresiva en el seno de una duradera república. En todas partes han venido las fracciones avanzadas á este mismo pensar, á este mismo sentir, á este mismo proceder. Aquellos italianos, educados como los profetas de la Jerusalén santa en el desierto, y que parecían los sacerdotes del ideal y del arte, se han acomodado á una dinastía histórica y á instituciones bien estrechas en comparación de sus dilatados pensamientos. Aquellos alemanes, que llenaron de ideas la Asamblea de Francfort y riñeron tantas batallas en las ciudades poseídas de entusiasmo republicano, han aceptado la unidad germánica con júbilo de manos de un emperador reaccionario. Aquellos húngaros, que combatieron con el Austria y con la Rusia, soldados indómitos, han transigido con la vieja casa de los Hapsburgos. Aquellos suizos, que habían admitido en su nueva constitución federal tantos principios avanzados, han tenido que detenerse un poco y que revocar ciertas reformas humanitarias, á fin de no perderlas para siempre en los ardores de una impremeditada victoria. Aquellos radicales rumanos, á quienes el Congreso de Berlín ha impuesto un principio absoluto, tan sagrado como el principio de la libertad religiosa, han recordado á la diplomacia europea los vados que deben tentarse y las precauciones á que deben acogerse en el gobierno cuantos no quieran malograr las ideas más justas. Pero entre los demócratas no hay quien merezca los aplausos de los demócratas franceses, por la claridad con que han visto la parte realizable de su ideal; por la mesura con que la han llevado de la teoría á la práctica; por la consideración guardada á las resistencias de la realidad; por el culto respetuoso á las leyes; por la transmisión pacífica de unos poderes á otros; por el paso seguro de unas á otras crisis; por la perseverancia, casi británica, que han demostrado en fiarlo todo al derecho;

por la condenación explícita de procedimientos revolucionarios; por ese combate tan tenaz coronado por una tan deslumbradora y tan duradera victoria.

La democracia contemporánea es ya en todas partes una democracia de gobierno, que ejercerá con madurez el poder para asegurar definitivamente la libertad. Y no hay título que pueda envanecer en la historia como el de haber vencido el imposible de establecer y conservar las nuevas y jóvenes repúblicas en el suelo calcinado de la vieja Europa.

XI

La crisis de la revolución de Francia queda en la historia como la mayor y la más violenta explosión de ideas que recuerdan los siglos. Muchas veces la idea, el impalpable éter, la misteriosa esencia, el alma de los hechos, la substancia de las instituciones y de las leyes, se apodera de un hombre y lo domina con tanto imperio, que pierde todo el egoísmo encerrado en nuestro natural instinto de conservación, y llega, por milagrosos hechos y por cruentísimos sacrificios, á mártir de una causa y á redentor de cien generaciones. En la revolución francesa, en ese instante creador, en esa hora providencial, en ese génesis de nuestros tiempos y de nuestra sociedad, la idea, con su incontrastable poder, asciende como sangre exuberante á la cabeza de todo un pueblo, y engendra exaltaciones verdaderamente extraordinarias, y seméjase en verdad á los elementos, á la tierra, al agua, al aire, al fuego, porque necesaria como éstos á la vida si la medimos y la graduamos con arreglo á nuestras necesidades, cuando se exagera nos consume como el fuego convertido en incendio, nos derriba como el aire convertido en huracán, nos anega como el agua convertida en inundación, nos entierra como el suelo mismo de que nos nutrimos y en que nos sustentamos, abierto y desgarrado por los violentos terremotos. Vive nuestro siglo de las ideas que esparciera la revolución, como los campos á veces de las inundaciones que los devastan; pero no podemos desconocer el carácter trágico de una edad cuyos protagonistas todos arrojan su vida entera al remolino de los combates sangrientos y mueren muerte de horror y de violencia.

Jamás, en ningún tiempo, los hechos históricos fueron tan extraños, como nacidos de voluntades arrebatadas por los impetus de la exaltación y del delirio. Jamás, en ningún tiempo, sucedieron catástrofes que más inspiraran desconfianza de la suerte de nuestra especie en la tierra y que mayores gérmenes contuvieran de regeneración para los individuos y de progreso para las naciones. Época opima en casos varios; tan llena de sucesos, que apenas puede encerrarlos en sus páginas la historia ni contenerlos en sus períodos el tiempo; época que vió los tronos convertidos en cadalsos y las diademas fundidas por el rayo; los príncipes, á quienes ungiere los pontífices, tocados por las manos del verdugo y caídos sobre las tablas de las guillotinas; las guerras civiles más feroces complicadas con las guerras extrañas más horribles, los alemanes amenazando por el Rhin y los españoles por el Pirineo y los saboyanos por los Alpes y los rusos y los austriacos moviéndose en son de guerra, y desde la isla de Cádiz

hasta la isla de Noruega y desde el Guadalquivir hasta el Volga todos los reyes en armas sin amedrentar á aquel pueblo en delirio; derribados los altos castillos donde se elevaban los antiguos privilegios y levantadas las Asambleas que promulgaban los nuevos derechos al siniestro resplandor de la tempestad; una capital convertida á la dictadura sobre toda la nación y un municipio á la dictadura sobre toda la capital; los sublimes heroísmos confundidos con los tristes desmayos; las victorias épicas alcanzadas por la desesperación ó por la demencia; todos conjurados y todos blanco de la conjuración universal; todos perseguidores y todos perseguidos; todos verdugos y todos víctimas; resultando de esto desenlaces tan extraños en crisis tan continuas, que á veces tenemos duda si los vencedores eran los castigados y los tiranos los opresores, ó si todos contribuían adrede y en conciencia al inmenso holocausto, de cuyas piras surgió más libre la humanidad que parecía perdida, y más hermosa y más resplandeciente la tierra, que parecía anegada en aquel diluvio de lágrimas y sangre.

No puede en tal momento crítico olvidarse el papel que representara Mirabeau. En aquellos días acababa de mostrar la fuerza de su voluntad y el poder de su palabra, iluminando los más intrincados y difíciles asuntos con las ideas más naturales y más sencillas: secreto propio de los grandes oradores, idóneos, muy idóneos para decir en fórmulas populares las teorías más abstractas y persuadir á las gentes de que ellos solos expresan y dicen cuanto todo el mundo piensa y cree. Una vez enterró la intolerancia religiosa, señalando con ademán imponente la ventana desde cuyo alféizar un rey de Francia disparó su arcabuz sobre sus propios vasallos, que buscaban aterrados en el Sena refugio contra la matanza promovida por la superstición y el fanatismo. Otra vez, como los sofistas de la derecha reaccionaria quisieran disolver la Asamblea por escrúpulos legales, alzóse á decir con aquel don de oportunidad, secreto de todo gran orador, lo de cierto general romano, que requerido para que jurase haber observado las leyes, juró haber defendido y salvado á la patria. Otra vez enterró el brutal decreto contra los emigrados por un arranque de esos en los cuales parece que late, no el corazón de un hombre, el corazón de la humanidad. Así continuaba en el pedestal de la tribuna, en ese trono de su genio, circuido de un pueblo que le seguía y le escuchaba anhelante, fulminando su palabra sobre todas las viejas instituciones y sosteniendo las nuevas; Hércules de la idea revolucionaria, que por los medios puramente espirituales de la elocuencia, encendía y apagaba las pasiones, removía y serenaba los ánimos, encrespaba y adormecía las ideas; hijo de la antigua sociedad, que personificaba la nueva, y que alzado entre dos edades capitalísimas de la historia, no sabía, no, á ciencia cierta el destino providencial consumado con sus maravillosos esfuerzos y los viejos ídolos caídos para siempre á las fulguraciones de su maravillosa palabra.

Hásele imputado á Mirabeau por los que desconocen completamente la lógica real de la historia y el encadenamiento sistemático de los hechos, como una apostasía de sus doctrinas y como una traición á su ministerio histórico, el que pensara unir la vieja monar-

quía con la nueva sociedad. Para acusarle de esto precisa desconocer enteramente su tiempo. El grande orador pertenecía aún á la edad poética, como si dijéramos, al paraíso de la revolución. Y la característica de esta edad era la concordia del antiguo trono con la nueva democracia. No se conocía en aquellos tiempos ni un solo republicano. El que luego había de llevar la república á su mayor violencia y había de elevarse á ser su más austero magistrado, Robespierre, el Felipe II revolucionario, preguntaba cuando algunos extranjeros proferían la palabra: ¿qué es eso de república? Los girondinos, la legión sagrada de la libertad, que parecían venidos de la antigua Grecia, con la llama de la inspiración en la frente, la virtud del heroísmo en el pecho, y la melodía de la elocuencia en los labios, pudieron aceptar sin desdorar un puesto en el gobierno de la monarquía, pudieron aceptar el cargo de ministros, porque todo el mundo juraba entonces en la alianza indisoluble de los nuevos derechos con los viejos tronos. Mirabeau, esencialmente revolucionario, pero también esencialmente monárquico, tenía que agotar todas sus fuerzas antes que confesarse rendido por un imposible, palabra desconocida en su rico vocabulario. Dotado de esa sensibilidad, sin la cual no se conciben los dones divinos del arte, apasionábase por los débiles: al principio de su carrera, por el pueblo, y al fin de su carrera, por el rey. Como no los separaba en su pensamiento, no quería que se separasen ni por un minuto en el espacio, cuando uno y otro estaban imposibilitados de atravesar sin abrasarse las llamas que lo dividían, todas ellas encendidas y avivadas por los soplos descendidos del Sinaí de la tribuna. Coincidió con tal estado de ánimo en Mirabeau un cambio de política en Austria. Y este cambio de política en Austria influía soberanamente en la austriaca, nunca apartada del nido donde había tenido su cuna, juzgando siempre á Francia al través de las ideas aprendidas en su educación, tan contraria en un todo á las ideas francesas. Así, en aquel palacio donde tanto se abominara de Mirabeau, comenzaban á volver los ojos al aborrecido, al denostado, al maldito, pidiéndole un refugio en el universal naufragio. La reina, que se mantenía erguida cuando todo en torno suyo se humillaba, debía sentir invencible repugnancia en aquellos momentos á tratar con el hombre que elevara la tribuna por encima del trono; que promoviera el alzamiento de los Estados Generales al rango de Asamblea Nacional; que guiara con los relámpagos de su genio al siervo desde el terruño á la libertad; que tuviera contra cada una de las antiguas prerrogativas reales su fórmula destructora; que convocara los oprimidos á sacudir el yugo de los opresores; que fuera toda aquella revolución, la cual entraba en tumultuosas ondas hasta el palacio de los reyes, arrancándoles algo más valioso que su corona de oro, su dignidad y su prestigio.

Por fin se vieron la reina y Mirabeau. Era una mañana de mayo en París, donde, al revés de Madrid, la primavera aparece más hermosa y tranquila que el otoño. La corte estaba en Saint-Cloud, en aquella miniatura de Suiza, cuya compra quizás le costara el trono á la pobre María Antonieta, obligada tristemente á cambiar el ministro salvador, Turgot, por el ministro nefasto, Calonne, para poder cumplir tal regio capricho. Lugar delicioso aquél, si hay delicia cumplida cuando el

sol no luce como nuestro sol ni ostenta el cielo azul los esmaltes y reverberaciones de nuestro claro cielo. Cabiendo la hermosura donde falta la luz, bien puede asegurarse que son aquellos sitios hermosísimos. En el horizonte brumoso, entre la indecisión de los cambiantes vapores, el inmenso París, sobre el cual campean las semibizantinas torres de Nuestra Señora, las agujas góticas de la Santa Capilla, las rotondas romanas del Panteón y los Inválidos, los torreones feudales de la Conserjería, las grecas italianas del Louvre, las alturas de Montmartre, henchidas de esparcidos caseríos y coronadas por molinos de viento: al pie, cerca de la posesión regia, el Sena, que forma como verde media luna, y el bosque obscuro de Boulogne, cuyos encinares y carrascales, un tanto achaparrados, componían a la sazón espesa é intrincada selva; por la izquierda, los montecillos sembrados de quintas y de aldeas, ocultos entre huertos, verjeles y prados, eternamente verdes y eternamente húmedos; por la derecha, las arboledas interminables y espesas, de las cuales surgen los campanarios blanquecinos y las famosas poblaciones de Sevres y de Meudón, ambas asentadas en sus graciosas colinas, que los viñedos y los manzanares cubren, y ambas sombreadas por viciosísimo follaje; aquí, allá, en torno de la pesada, pero colosal, quinta, jardines en los cuales álzanse á cada paso estatuas que parecen grupos de cortesanos por lo artificiosas, fuentes que parecen esclavas por lo sometidas á combinaciones materiales, y alamedas que parecen pelucas por lo recortadas y recompuestas, indicando cómo el absolutismo de Luis XIV, transmitido á sus descendientes en tradiciones que formaban un gusto ya histórico y componían una estética ya admitida, ese absolutismo, no contento con vejar la humana libertad, oprimía bajo su férreo cetro á la misma Naturaleza.

Tal es el sitio donde la reina y el orador se vieron y se hablaron, allá arriba en el kiosco, ocupado hoy por triste solitario que presta, á dos cuartos sesión, sucio antejo de larga vista para ver la ciudad de París radiante de vida y las devastaciones de la guerra francoprusiana, ensangrentadas por el combate y ennegrecidas por el incendio. La reina llevaba sobre sus sienas la luz mortecina del mundo que se iba, hermojado sin duda en ella, última personificación de su grandeza, que debía semejar en hora tan solemne á dulce sirena, de las que, según cuenta Plutarco, retenían con sus cánticos por las ondas del Tirreno y del Egeo la vida moribunda en los cuerpos casi yertos de los dioses caídos allá por el postrer crepúsculo de la mitología y del paganismo. Mirabeau, herido ya de muerte por el trabajo y por el placer; granizado el rostro de viruelas; ancho de espalda como esos alcides que sostienen á guisa de pilastras los colosales monumentos; nervudo de brazos, como cumplía á quien derribaba las instituciones seculares con sólo accionar airado y amenazador en la tribuna; de pecho que hervía y resollaba como una fragua; de mirada fulminante, cual la tempestad de ideas en que á la sazón se abrasaban los pueblos, asemejábase, con las heridas alcanzadas en tantos asedios y las tristezas contraídas en tantos ciclópeos trabajos, á uno de esos titanes entre los cuales se hallaba Prometeo, que había blandido en sus manos las llamas del Etna y aglomerado bajo sus plantas montañas sobre

montañas para derribar del cielo á los dioses y apoderarse de su fuego creador y de su envidiada omnipotencia.

¡Qué contraste! La reina contaba á la sazón treinta y cinco años y tenía esa segunda juventud que dan á las mujeres hermosas los asomos de la madurez en su vida. Mirabeau, anticipadamente envejecido, mostraba ya en ciertas erupciones cutáneas la enfermedad de que debía morir, bien propia por cierto del ardor de su sangre y hasta de la robustez de su temperamento. En ella la hermosura, pero también la debilidad; en él la fealdad; pero también la fuerza. Ella se parecía, en su gracia y en su delicadeza, con los ojos azules y el cabello rubio, la color sonrosada y el talante majestuoso, á la poesía que se va y á la religión que se muere, lanzando sus últimos destellos; mientras él, deforme y gigantesco, se parecía á uno de esos monstruos grandiosos que aborta naturaleza en las edades críticas para los combates horribles y las cruentas victorias. Con seguridad la fuerza no cautivó á la gracia, y la gracia cautivó á la fuerza. Con seguridad el atleta quedó preso en la red tendida por la débil mujer. Con seguridad el alma de María Antonieta se replegó en sí misma á la vista del enemigo y avivó su odio con la constancia que en las voluntades flacas substituye á la audacia de las fuertes; mientras el alma de Mirabeau se desbordó y fué á los pies de la reina como esas ondas férvidas y gigantes que van tronando de furor á tragarse la tierra y se disipan como blancas espumas en los senos de rientes y serenas playas. María Antonieta, con esa vivacidad de fantasía natural en su sexo y con esa fuerza de memoria ayudada por los llamamientos del corazón, debió recordar la hiel vertida por aquel hombre en su existencia y mirarlo como una pesadilla mortal á través de los desacatos hechos por las Asambleas, de los agravios inferidos por los periódicos, de las irrupciones intentadas por el pueblo, de días como el último día de Versalles, cuando sus pobres damas la arrancaban con sus débiles brazos á la muerte, y de noches como la primera noche de su regreso á París en que vio algo tan triste para ella como la muerte misma, el gorro frío sobre la cabeza donde descansaba la corona de San Luis y de Carlomagno. Así es que estuvo fría como una estatua, y mostró más que otra virtud la resignación á su suerte y la conformidad con los inflexibles decretos del destino. Mirabeau, en cambio, se esmeró por ocultar la energía de complexión tras la delicadeza casi femenil de sentimientos; por transformar el huracán de su palabra, que tronchara los tronos, en aura primaveral como aquella que mecía las flores; por persuadir á la reina de que en el yunque donde se forja la revolución cabían aún la ternura, la flexibilidad, la elegancia, los sentimientos elevados y hasta cierta tradición monárquica, últimos refugios de una familia que sólo burlaría el naufragio deshecho renovándose allí donde era todo nuevo y reciente. A decir verdad, ni Mirabeau comprendió la reserva de la reina, ni la reina comprendió el lenguaje de Mirabeau. Los dos se hallaban enfermos y los dos rendidos casi al combate. Los ojos de Mirabeau estaban, de tanto relampaguear, enrojecidos; y los ojos de la reina estaban, de tanto llorar, apagados; la tez meridional de Mirabeau tiraba á verdosa como si tuviera un tinte de atrabilis, y la tez germánica de la

reina tiraba á pálida, como si la alcanzaran las sombras de la muerte; las mejillas de Mirabeau, infladas por reciente obesidad, comenzaban á caerse y arrugarse, como las mejillas de la reina, surcadas por las lágrimas, comenzaban á tomar esos tonos violáceos, oscurecidos aún más por el negror de las ojeras; la reina buscaba en aquella entrevista una esperanza de salvación para todas sus prerrogativas y tenía la seguridad de no encontrarla; al revés Mirabeau, que nunca habló peor, pues estos grandes actores necesitan de un gran público, creyó con el candor innato al genio que, deslumbrando á la reina, había conseguido aplacar su odio contra la revolución y persuadir su ánimo á ceñirse una corona superior á la corona heredada, la resplandeciente aureola de la libertad. ¡Qué desconocimiento de las cosas tan vituperable en quien conocía las ideas y su verbo!

La reina, por una incontrastable fatalidad histórica, quedaba, después de la entrevista, en su empeño por recabar todos los privilegios perdidos sin excepción alguna; y el tribuno no había hecho más, en aquella peligrosa entrevista, que separar con separación verdaderamente insuperable el trono y la libertad, hasta entonces todavía unidos en los recuerdos y en los sentimientos del pueblo. Así, María Antonieta continuó hasta el término de la visita en su frialdad glacial y Mirabeau en sus ilusiones; y á la hora de la despedida, mientras ella se apercebía á muda reverencia, él exclamaba: «Señora, cuando vuestra augusta madre otorgaba á alguno de sus súbditos la alta honra de admitirlo en su presencia, no los despedía jamás sin darles á besar su real mano.» María Antonieta levantó la cabeza con orgullo como buscando en el cielo aquel numen, á tal hora y por tales labios invocado, el alma de su madre; y tendió con imperio al orador su real mano. Inclínose el genio con altivez también regia, besóla con entusiasmo sincero, é irguiéndose, dijo con resolución heroica: «La monarquía se ha salvado.»

¡Infeliz! La había perdido. Cuando descendía á caballo la cuesta de aquella colina, tan alentado por las esperanzas que acababa de concebir, como enardecido por las frases que acababa de recoger, no podía mirar el abismo donde cayera al deslumbramiento natural producido por su orgullo, tan deslumbrador como la luz de aquella risueña mañana de mayo, y á la exaltación producida por sus ilusiones, tan risueñas y tan tibias como el aire cargado de aromas y encendido por el calor de la primavera. Pero si hubiera mirado dentro de sí mismo, alcanzara que toda transacción se había completamente imposibilitado por una debilidad irreparable suya, por haber tendido la mano al oro de la corte. Las muchedumbres solamente creen, y tienen razón, en las conversiones desinteresadas y sinceras. Si el móvil no aparece ante los ojos de la conciencia universal tan puro como el fin, tienen verdadero fundamento para llamar á esos actos de combate con los extravíos de las revoluciones, actos de apostasía ó de traición. Toda aquella escena hubiera sido sublime y trágica, Mirabeau grande, la terminación acaso salvadora, de no haber por medio aquel oro que lo corrumpía todo con su horrible corrupción. El Titán acababa de sacrificar la vida de todos los tiempos, el renombre de gloria, el poder sobre las muchedumbres, la propia imagen suya en la poste-

ridad, al pan de un día, al placer de un momento, á la satisfacción y á la comodidad que, después de todo, solamente se encuentra para existencias como la suya en la paz de los sepulcros y en la seguridad de que, víctimas por mucho tiempo de la injusticia y de la calumnia, han de tener tarde ó temprano su premio en los anales de la historia y su transfiguración en el reconocimiento de la humanidad, que si corona la grandeza, sólo diviniza la virtud.

XII

A pesar de todos sus vicios y de todas sus caídas aquel hombre era en realidad un milagro de la naturaleza. Lleno de tempestades el aire y agrietado por los terremotos el suelo; entre cien batallas encendidas por las pasiones más exaltadas; circuido de innumerables enemigos que le asedian; acompañado de la envidia y de la calumnia que le muerden; con mil proyectos en la cabeza, vasta como un universo de ideas, y con mil pasiones en el corazón, de grandes sentimientos henchido; trabajador y combatiente infatigable, filósofo en acción que piensa de improviso y dice en fórmulas eternas lo pensado, hombre de mundo que va de las asambleas á los salones y de los salones á los clubs, hombre de sentimiento que necesita así la amistad como el amor, hombre de estado que prevé y calcula, y tiene tiempo para todo y se encuentra en todas partes; su grande alma se asemeja á esos cometas, los cuales llenan con sus fajas y colas de luz incierta los cerúleos espacios. Aquel cerebro es un motor siempre alimentado por el fuego de grandes pensamientos; aquel corazón es una máquina que impele y expela la sangre con una fuerza generadora de acciones incesantes y continuas; aquellos nervios como esas arpas sensibles que suenan á los tañidos del aire; aquella vida como un torrente que se despeña, y que aparentando buscar en su tortuoso y devastador curso, ya la satisfacción de las ambiciones ó ya la satisfacción del renombre y de la gloria, busca realmente el eterno y solemne reposo de la muerte, único remanso concedido á su vertiginosa carrera. Mirabeau es jefe de un partido político, y por tanto general de ejércitos que exigen suma atención y revistas continuas; es gufa de un grupo parlamentario, y por tanto cabeza de diputados que piden una dirección sostenida, la cual impela sin fuerza y mande sin imperio; es justador eterno en las justas oratorias, y por tanto siervo de un estudio prolijo, de una meditación reflexiva, con cuya virtud recorra toda la escala de las ideas, encerrándolas en formas artísticas que hagan pensar á los hombres superiores y sentir á los pobres pueblos; es presidente de comisiones y redactor de dictámenes que le imponen el profundizar desde la relación de los poderes públicos entre sí en la obra de un código fundamental hasta la relación del suelo con el subsuelo en los proyectos de minas; es comandante de la milicia nacional, y llamado por ese cargo á guardias, á paradas, á ejercicios, á procesiones, á fiestas, á combates; es publicista que debe hojear cien obras, dictar mil artículos, sostener polémicas; es amante de la sociedad y de la naturaleza, lo cual así le arrastra á las cenas de las bailarinas y á los bastidores de la Ópera como al retiro de Argenteuil, donde con-